

## La maestra de quinto salvó mi vida

(¿Se habrá dado cuenta?)

Cuando nací, en un mísero rancho sin luz ni agua, traía conmigo el bagaje intolerable en ese entonces, de ser hija natural. ¿Que quiere decir natural? Si soy natural. Fuí gestándome en un útero. Tuve un sexo, femenino en mi caso, que se sumó a la lista de estigmas que traía, aún sin llegar a ocupar un palmo de este mundo. Natural: ¡qué idiotez!

Era una niña inesperada, bastarda y molesta que fue creciendo en el barrio Acevedo, quitándole vida a la muerte. Siempre sola, hambrienta, llena de piojos y sucia, hablando sola. Hoy pienso que me mirarían con repulsión. La verdad, que en esta jugada de la vida no recibí buenas cartas, ni siquiera un comodín.

Mientras mi vida corría a los tropezones, mi padre levantaba una casa de ladrillos en un terreno que estaba ubicado a tres cuadras de Bulevar Paraguay, y yo siempre con él, mientras lo miraba unir ladrillos con una mezcla de barro y estiércol. ¿Mi madre? No sé. No me quería y siempre se ausentaba. Mi soledad me hacía hablar con un amigo imaginario. Los que me veían pensaban que hablaba sola y se reían de mí. De esa negrita, de la chuequita o de la chinita que así me llamaban. Pero en mis "charlas" yo tenía nombre, elegido por mí... "Blanca Rosa". Porque no sabía que tenía un nombre real. Pero llegó un tiempo mágico, el tiempo de empezar la escuela.

Fui a la escuela número 4, Bartolomé Mitre, y yo que no sabía mi nombre lo aprendí. Aún era sólo un nombre al que yo respondía: -¡Presente! No obstante, pesaba más el oprobio de llamarme "chinita" cuando salía de la escuela.

Aprendí no sólo el mío. También supe como se llamaban las celadoras: Lidia y Elba, que me cobijaron de inmediato y alimentaron mi corazón y mi estómago. La directora, creo que era la Sra. Marelli, me daba un cuadernito: "Tamborcito de Tacuarí", y el guardapolvo con tres tabloncitos al frente, cinturón y moño... una lapicera de madera con pluma cucharita. Tenía mi banco y mi tintero... Mi maestra de primero inferior fue la señora Nélide Gauna. Vivía camino a mi casa por eso volvía con ella, a su vera, y ella me hablaba. Yo todavía hablaba sola.

Puedo nombrar a cada una de mis maestras, hermosas, transparentes, contenedoras y pacientes. Conocedoras. Pero la que se quedó en mí y permanece aún ahora que tengo sesenta años, y la veo, rubia, ojos celestes impecable, mi maestra de quinto: la señora Onilda Money. ¡¡Que suenen las trompetas por favor que la señora Onilda me salvó la vida!!... porque me dijo que escribía y leía muy bien. Me hizo pasar al frente, pidió silencio y me conminó a que leyera una "composición" que había hecho, sobre las vacaciones. Todos podían ver, que apenas podía conmigo y mi hambre. En la "composición" había jugado al carnaval, estuve en una carroza vestida de flores y organza, era bella y la gente me miraba. Ella supo entonces que mi imaginación era superlativa y me felicitó. Delante de toda la clase me felicitó, me dio identidad, pasé a existir, a tener nombre. Y dejé de hablar sola, ya no me dejaban de lado en los recreos...

Un día llegó a clases con un paquete envuelto en papel crujiente desconocido por mí, con cintas y moños. Mi primer regalo. El primero de mi vida hasta ese momento. Me lo dio en clase como premio a la atención, dedicación y desenvolvimiento. Eran tres libros: Mujercitas, Juvenilia y uno de Julio Verne. Amé a esa maestra..

Amé esos libros que lograron salvar mi vida a través de los años, porque cuando siento que la gravedad de situaciones por las que tuve que pasar me aplastaba, siempre había un libro salvador y liberador que me rescataba del marasmo.

Así como me rescató y lo sigue haciendo la maestra Onilda Money. Yo agradecida. No sé qué será de ella, pero seguro que nos volveremos a ver en otra dimensión o en algún cielo de letras y palabras. Le voy a dar el abrazo que nunca le dí. Le voy a contar como lloro en el momento de escribir esto.

Gracias maestra, si usted no se hubiera cruzado en mi camino seguro que no sería la persona que soy.

Posdata:

Busqué a mi maestra. La hallé y la vi tal como la recordaba: lúcida, traslucida, inteligente, hermosa. Y sepan que le di todos los abrazos que guardé durante cincuenta años.